

El problema de la especificidad histórica*

GEOFFREY M. HODGSON **

La historia es importante, porque cada organismo complejo, cada ser humano y cada sociedad lleva el peso de su pasado. Como Charles Darwin y otros científicos han notado, la evolución se construye de supervivencias pasadas que tienen efectos en el presente. Las elecciones de nuestros antepasados pueden ser difíciles de erradicar. Por ejemplo, la trocha estándar de ferrocarril usada por trenes modernos de alta velocidad tiene sus orígenes en las dimensiones del eje de los carros tirados por caballos de hace más de dos mil años. Viajamos en ferrocarriles que han sido diseñados con algunas dimensiones heredadas de un medio antiguo e

Manuscrito recibido el 12 de mayo de 2003; aceptado en junio de 2003.

* Este ensayo está basado en la conferencia plenaria dictada por el autor en Berlín en el 2000 y hace uso extenso del material de Hodgson (2001). El autor agradece a quienes se interesaron y discutieron sobre su tema. Todos son reconocidos más detalladamente en la monografía, pero la mención particular es para Uskali Mäki, crítico inestimable en torno al tema metodológico de este ensayo. Hodgson (2001) será seguido por un segundo volumen, que centra en el problema de la agencia y la estructura (Hodgson, próximamente). Traducción del inglés de Rodrigo Puchet.

** Universidad de Hertfordshire, Inglaterra. E-mail: g.m.hodgson@herts.ac.uk

inadecuado de transporte. Otros ejemplos de esto son el encerramiento y la dependencia de la trayectoria en la evolución de la tecnología y de las convenciones que son reconocidos en las ciencias sociales.¹

Si la historia importa —por lo menos en el sentido de que el desarrollo social es dependiente de la trayectoria— entonces nuestros análisis deben explorar las particularidades del pasado. Mientras que conservemos principios generales o pautas, se requerirán análisis detallados de acontecimientos, de estructuras y de circunstancias particulares. Si la historia importa en este sentido, entonces las teorías generales tienen sus límites. Las explicaciones dependerán de casos y de configuraciones particulares y no sólo de los principios generales.

Por siglos, los científicos han utilizado teorías generales. La ciencia trata de unificar: se esfuerza por lograr la generalidad. La meta de la unificación ha perdurado en la historia de la ciencia y ha inspirado muchos de sus logros. Muchas innovaciones en la ciencia surgen de combinar diversos fenómenos en un marco científico más general. Los filósofos de la ciencia han acertado en identificar el poder y el valor de la unificación explicativa (Thagard, 1978; Glymour, 1980; Kitcher, 1981, 1989). La importancia y el posible valor de las unificaciones explicativas no deben ser subestimadas.

Sin embargo, la búsqueda de una teoría general no debería conducir a la simplificación excesiva y echar por la borda la generalidad misma. Además, la búsqueda de una unificación explicativa no debería ser forzada hasta el punto en que la naturaleza y el valor de la explicación particular adoptada este dado por un argumento débil. Algunas explicaciones se pueden unificar, pero son de poco valor. Una teoría donde cada acontecimiento es causado por los dioses es una unificación explicativa, pero es de poca importancia científica. De la misma manera, una teoría general no falsificable como “cada uno es un maximizador de utilidad” es también de poco valor explicativo.

¹ Ver, por ejemplo, David (1985, 1994), Dosi *et al.* (1988), Arthur (1989, 1994), North (1990), Hodgson (1993), Young (1996), Garrouste y Ioannides (2001).

Algunos puntos de la unificación explicativa son defectuosos al no considerar sus presupuestos ontológicos. Otros fallan, al no preguntarse por el significado de la explicación, satisfaciéndose con indicar que una teoría encaja aparentemente en cada eventualidad. Las ideas de que cada uno maximiza su utilidad, o que cada acontecimiento es causado por dioses, entran en esta categoría. Sin embargo, una vez que intentamos construir explicaciones más cuidadosas y significativas, entonces afrontamos el problema de que la realidad económica cambia de una manera en que la realidad física no lo hace. Aún cuando el señuelo de una teoría general ha vencido, a menudo, dichas reflexiones son criticadas.

El señuelo de una teoría general penetra en las ciencias sociales así como en las ciencias naturales. Otra vez se cree que una teoría general es siempre mejor que aquellas con un dominio más específico de análisis. Por consiguiente, se supone que para ser respetable, la economía, la sociología y la antropología deben de cumplir principios o leyes generales —mucho a la manera de las ciencias naturales—. El objetivo omnipresente es lograr una teoría que encaje en todas las circunstancias.

Esta noción surgió en el auge de la economía clásica. Mientras Adam Smith intentó con este criterio mezclar la inducción con la deducción, buscó al mismo tiempo principios generales y leyes. Sin embargo, sus sucesores como David Ricardo y Nassau Senior fueron mucho más lejos. Ellos persiguieron cada vez más un método axiomático y deductivista, intentando sacar conclusiones universales de unas cuantas proposiciones declaradas generales y fundamentales. En contra de esta tendencia ricardiana estaba Thomas Robert Malthus. Malthus criticó el acento exagerado sobre la deducción y la generalización. Él escribió en 1819: “La causa principal del error y de las diferencias que prevalecen actualmente entre los escritores científicos sobre la economía política, me parecen ser un intento precipitado de simplificar y generalizar” (Malthus, 1836, p. 4).

El objetivo de una teoría general ha sido perseguido arduamente en el tipo de teoría del equilibrio general desarrollada por Léon Walras, Kenneth Arrow, Gerard Debreu y otros. En la mayor parte del periodo de la posguerra, el análisis del equilibrio general ha estado de moda en la econo-

mía. Ha intentado elaborar las condiciones generales para la existencia y la estabilidad del equilibrio de mercado. Este trabajo era vanguardia de la economía teórica antes de que cayera en dificultades analíticas en los setenta. Ha sido eclipsado por el interés creciente en la teoría de juegos en los ochenta.

Desde luego, la palabra general en la teoría del equilibrio general se aplica a la palabra equilibrio y no a la teoría. El equilibrio general es distinguido así del equilibrio parcial. Sin embargo, hay teóricos del equilibrio general que han usado la retórica y la apelación a la teorización general. Esas tentativas han sido hechas para aplicar el enfoque del equilibrio general al feudalismo y al socialismo, así como al capitalismo (Lange y Taylor, 1938; Rader, 1971). En particular, Oskar Lange (1938) y Joseph Schumpeter (1954, p. 1082) alabaron a Walras como el arquitecto de una teoría realmente general en la economía.

De la misma manera, en la sociología, hubo una reverencia similar por la teoría general de la acción social, la interacción y la estructura.² Sobre todo, las teorías generales han penetrado la economía y la sociología durante la segunda mitad del siglo XX. Se asumen principios generales y sus consecuencias lógicas son exploradas. En cuanto a esto, al menos, las ciencias sociales ven a la física y a otras ciencias naturales como sus modelos a seguir. Entre más general e incluyente la teoría, mayor es su prestigio. Las universalizaciones generan aprobación.

¿Qué caracteriza a una teoría general en las ciencias sociales? Podemos tomar el término teoría general para referir lo siguiente: cualquier explicación sustancial o un modelo de las características principales y del comportamiento de las economías o sociedades humanas, en gran parte o

² Piedras angulares de la teoría sociológica del siglo XX – tales como Talcott Parsons (1937), Robert Merton (1949), George Homans (1961), Peter Blau (1964), Jeffrey Alexander (1982-83), Anthony Giddens (1984), James Coleman (1990), Harrison White (1992) y Niklas Luhmann (1995) —son todos intentos generales para entender la sociedad en gran parte ilimitada a una época histórica o tipo de estructura social específica.

totalmente en términos de los rasgos que son asumidos como comunes a los sistemas sociales o económicos concebibles.

Es verdad que los economistas modernos establecidos intentan adaptar sus teorías a situaciones específicas. Hay teorías de la competencia perfecta, del monopolio, del oligopolio, de los mercados de trabajo, etcétera. Tales teorías pueden servir para ser aplicadas a un juego específico de circunstancias. Sin embargo, algunas presunciones —como la racionalidad, la escasez y las preferencias fijas— son comunes a todas estas teorías. Estos supuestos principales son cumplidos por corresponder a todos los sistemas socioeconómicos. Raramente se plantea que la teoría implicada se aplique a un tipo específico de sistema socioeconómico o a un período histórico limitado. En ambos sentidos, generalidades ahistóricas y aculturales influyen incluso en los modos específicos de teorización y en la economía moderna predominante.

La abstracción y la simplificación son necesarias en cualquier teoría. Sin embargo, los teóricos generales tienden a construir más sobre los rasgos comunes o universales, que sobre aquellos histórica o culturalmente específicos. Sus ejemplos a seguir en este aspecto son las exitosas unificaciones explicativas y las teorías generales que se encuentran en las ciencias naturales. Por ejemplo, en la economía, los teóricos del equilibrio general han hecho supuestos en apariencia generales que conciernen a agentes humanos, sus dotaciones y sus interacciones. Con esto intentan deducir algunos resultados generales que conciernen al equilibrio económico. De la misma manera, en la teoría social, se hacen supuestos generales sobre agentes sociales, sus cambios y las estructuras sociales que ellos habitan.

LOS LÍMITES PARA LA UNIFICACIÓN EXPLICATIVA

En su naturaleza, una teoría general alcanza alguna unificación explicativa. Sin embargo, como Uskali Mäki (1990a, 1990b, 2001) ha mostrado, hay unificaciones explicativas de distintos tipos. Primero, la lógica o derivacional quiere decir que “cada vez más las declaraciones dentro de

una disciplina se derivan del mismo juego de axiomas, o cuando el mismo juego de declaraciones se deriva de un juego más pequeño de los axiomas” (Mäki 1990b, p. 331). Esta noción de unificación implica conexiones puramente deductivas entre axiomas y declaraciones derivadas. Muchas de las reclamaciones de la unificación explicativa dentro de la economía son de este tipo derivacional. Estos son logros deductivos sin la base ontológica.

Mientras la unificación derivacional está basada en las capacidades deductivas de las teorías, la idea contrastante de unificación ontológica está fundamentada en sus capacidades de referencia y representatividad. Si una unificación ontológica explicativa es posible debe sustentarse en alguna unidad subyacente. Una unidad ontológica entre un juego de fenómenos; ellos deben compartir algunas fundaciones sustanciales circundantes. Cualquier unidad explicativa entre fenómenos debe ser resultado de la investigación y el descubrimiento, antes que la mera imposición de supuestos. La prioridad está dada a las entidades antes que a las proposiciones.

En consecuencia, la naturaleza y la posición de los límites de la teorización general varían en cada caso. Los límites de la teorización general por la unificación derivacional son resultado de la carencia de base ontológica a sus reclamaciones. Estos límites no conciernen ni a las fronteras de unificación, ni al número de artículos que pueden ser unificados, sino a la suficiencia de la explicación. Es posible alcanzar una unificación derivacional, pero ella sola no puede constituir una explicación causal de fenómenos verdaderos.

Por otro lado, los límites de unificación ontológica explicativa dependen de la existencia o de la unidad subyacente entre los fenómenos investigados. Mientras la búsqueda de la unidad subyacente detrás de los diversos aspectos del fenómeno real es correctamente un objetivo central de la ciencia, cualquier ausencia de elementos recurrentes o límites de posturas son semejantes a la unificación ontológica. La unificación ontológica explicativa requiere la identificación de estructuras similares o mecanismos causales. La capacidad de una teoría para unificarse en este sentido ontológico depende no de sus axiomas o proposiciones, sino

del grado de su realismo, de la unidad subyacente o de la semejanza en su dominio de uso. Estos son principalmente los límites posibles a la unificación ontológica explicativa, que es lo que nos concierne en el presente trabajo.

La realidad se divide en diferentes niveles ontológicos. Hay un nivel que se refiere a la materia dirigido por la física, un nivel que se refiere a las moléculas dirigido por la química, un nivel que se refiere a los organismos vivos dirigido por la biología, y así sucesivamente. Estos niveles pueden ser subdivididos. Dentro de la física, por ejemplo, la física cuántica y la mecánica dirigen niveles diferentes. En consecuencia, diferentes teorías científicas pueden relacionarse con los diferentes niveles de realidad.

Aunque en las leyes universales tengan ambos apelación científica y algún poder explicativo, ellos son a menudo de uso limitado cuando se trata de contextos específicos y situaciones, que funcionan en un nivel ontológico diferente. La teoría de Einstein de la relatividad puede gobernar el universo, y su campo de aplicación abarca a todos los fenómenos físicos, pero esto nos dice poco del clima de mañana o de la capacidad de carga de la suspensión del puente Golden Gate. Al alcanzar la unificación, las teorías generales tienen una apelación imponente. Pero ni la unificación ni la generalidad se refieren a que la teoría es suficiente en particular, para circunstancias contingentes en un nivel ontológico diferente.

Posiblemente, dentro de las ciencias sociales las diferencias entre los elementos reales que requieren explicación limitan el alcance de cualquier teoría general. En 1904, Max Weber (1949, pp. 72-80) escribió que “las leyes más generales son las menos valiosas porque entre más comprensivo su alcance más se alejan de la tarea de explicar el fenómeno particular en cuestión”. Este argumento es similar al de Ernest Nagel (1961, p. 575) “el principio de la variación inversa de la extensión con intensidad”. Este principio alega que hay una compensación entre la generalidad y el contenido informativo de una teoría. Este argumento, desarrollado más lejos por Lars Udéhn (1992), tiene alguna fuerza contra la universalidad reclamada por algunos supuestos de la economía moderna predominante.

Otro conjunto de problemas aparece con algunos tipos de teoría general que surgen en las ciencias sociales. La teoría general de que el comportamiento individual es resultado de la maximización de la utilidad individual es un ejemplo de este conjunto. Estrictamente, esta teoría no es falsificable y por esto puede ser aplicada, en principio, a cualquier comportamiento, incluyendo el de organismos no humanos. Si este argumento es válido entonces hay una diferencia crucial entre teorías como la de Newton o la de Einstein, por un lado, y la teoría de maximización de utilidad, por el otro. La diferencia es que las leyes de la física imponen restricciones contra el tipo de la teoría suplementaria que puede ser acomodada. Este no es el caso de la maximización de utilidad: cualquier comportamiento es compatible con ello. La búsqueda imprudente de generalidad en las ciencias sociales ha creado las teorías que son compatibles con cualquier comportamiento posible por cualquier organismo posible. Lo cual no puede decirse de teorías prominentes en las ciencias naturales.

En consecuencia, se alcanza mucha unificación explicativa en las ciencias sociales sin una búsqueda de elementos que se repiten o son similares en realidad. La teoría de maximización de utilidad es un ejemplo. En vez de la identificación acertada de las similitudes, mecanismos subyacentes causales y estructuras, sus defensores simplemente manipulan esta teoría para ajustarse a cualquier fenómeno. De ahí que esta teoría alcanza la unificación derivacional, pero no la unificación ontológica. En contraste las teorías newtoniana y einsteiniana alcanzaron un alto grado en la unificación ontológica.

Todas las ciencias tienen que lidiar con semejanzas y diferencias. En ocasiones los teóricos generales ponen demasiada atención en las similitudes y descuidan las diferencias. Estos problemas son particularmente agudos en las ciencias sociales. Una teoría general mal estructurada puede obscurecer todas las diferencias históricas y geográficas entre sistemas socioeconómicos diferentes.

Sin embargo, hay algunos ejemplos importantes de teorías generales acertadas acerca de sistemas complejos. La teoría de la evolución de

Charles Darwin es la más importante. Sin embargo, sin disminuir la importancia de este gran logro, la biología no se limita a tales generalidades. La biología evolutiva tiene unas leyes o principios generales por los que el origen y el desarrollo pueden ser explicados. El análisis de la evolución de un organismo específico requiere datos detallados acerca del organismo y su ambiente y también explicaciones específicas relevantes a la especie en cuestión. La biología evolutiva requiere de teorías que tienen ambos dominios: específicos y generales. Como Richard Lewontin (1991, pp. 142-143) ha argumentado, la noción de que “la ciencia consiste en proclamaciones universales en lugar de meras afirmaciones históricas, es basura” y “gran parte del cuerpo de investigación y conocimiento biológico consiste en afirmaciones narrativas”. De la misma manera, en economía y otras ciencias sociales, hay un lugar para ambas.

LA TEORIZACIÓN GENERAL EN ECONOMÍA

Un problema central con todos los modelos en las ciencias sociales es que tienen que considerar no sólo las relaciones estructuradas entre agentes, sino también los cálculos de los agentes mismos, cómo ellos reaccionan a sus circunstancias cambiantes. Ambos, el sistema y los agentes, deben ser modelados de manera que el modelo del agente incluya su percepción del sistema. Esto resulta en un nivel de complejidad enredada que es difícil de poner en un modelo general, al menos sin la imposición de supuestos muy simplificados.

Por ejemplo, ¿cómo el agente individual se ocupa de mercados múltiples en un modelo de equilibrio general? Roy Radner (1968) ha considerado los problemas computacionales involucrados. Los modelos de equilibrio general del tipo de Kenneth Arrow y Gerard Debreu asumen que existe un mercado para el intercambio de cada mercancía posible, en cada fecha posible, en cada estado posible de la naturaleza. De ahí que si existan mil tipos de mercancías, mil fechas posibles y mil posibles estados entonces habrá un billón de mercados diferentes. Asumiendo todas las posibilidades y conexiones, el número de mercados explota más allá de la

capacidad de cómputo de cualquier agente humano. Radner (1968, p. 32) concluyo que “hay una dificultad básica en la incorporación de limitaciones en... la teoría de equilibrio basada en la optimización del comportamiento”.

En general, los teóricos del equilibrio general han tenido la gran dificultad de obtener principios generales explicativos. Como Arrow (1986, p. S388) declaró: “en el conjunto, las hipótesis de comportamiento racional no tienen en general ninguna implicación”. Dentro de la teoría de equilibrio general, las funciones de exceso de demanda agregada pueden tomar casi cualquier forma.³

Afrontando tales problemas, Alan Kirman (1992, p. 118) escribió que “no hay ninguna justificación plausible formal para el supuesto de que el conjunto de individuos, aún los maximizadores, actúa como un maximizador individual”. La investigación de los problemas de la unicidad y la estabilidad de los equilibrios generales ha mostrado que ellos pueden ser indeterminados e inestables a menos que se hagan conjeturas muy fuertes, como el supuesto de que la sociedad en total se comporta como si fuera un individuo solo (Arrow, 1986; Coricelli y Dosi, 1988). No sólo se asume que las funciones de preferencia son dadas de manera exógena, también se presume que todas estas funciones de preferencia son exactamente las mismas.

Debido a que las teorías generales se abruman por la complejidad explosiva, todas las tentativas de la generalización finalmente tienen que abandonarse. Así, se simplifica afirmando que “hay que hacer más trabajo” para generalizar el modelo. Los principales resultados teóricos de la teoría de equilibrio general han dependido de conjeturas muy restrictivas. Realmente la teorización general ha demostrado no solo ser difícil, sino imposible. Es universalmente aceptado que el único verdadero principio general explicativo que ha sido sacado de la teoría de equilibrio general

³ Véase Sonnenschein (1972, 1973a, 1973b), Debreu (1974), Mantel (1974) y las discusiones en Lavoie (1992, pp. 36-41), Rizvi (1994a) y Screpanti y Zamagni (1993, pp. 344-53).

es que “todo depende de todo lo demás”. La debilidad de la teoría se deriva en parte de su búsqueda licenciosa de universalidad, así como de las limitaciones de sus axiomas básicos.⁴

En la práctica, todas las tentativas para erigir una teoría completamente general en la economía han sido limitadas o han conducido al fracaso. Los principales teóricos del equilibrio general últimamente han aceptado las limitaciones de su proyecto. Por ejemplo, Frank Hahn (1980, p. 132) ha admitido con sinceridad que el modelo walrasiano típico de su teoría excluye el tiempo porque éste colapsa al futuro dentro del presente. Esto también excluye el dinero que es esencialmente el medio de ocuparse con un futuro incierto (Hahn, 1988, p. 972). Robert Clower (1994, 1999) hizo un veredicto negativo de modo similar. Él discutió, sobre líneas similares, que la teoría walrasiana en realidad excluye la producción, los mercados, la competencia y el comercio verdadero. Crucialmente, la teoría walrasiana se concentra en la existencia lógica de estados de equilibrio a costa de los mecanismos de operación de mercado (Costa, 1998). En general, las teorías de los fenómenos complejos que pretenden ser generales, resultan ser de alcance muy estrecho.

En la práctica el tratar de tener una teoría general en economía, y en otras ciencias que se ocupan de fenómenos complejos, resulta ser de alcance restringido, por lo cual no logra ser realmente general. Aunque puedan existir principios generales o leyes, las teorías generales resultan ser de un valor explicativo muy limitado. La elaboración de una verdadera teoría general de fenómenos complejos puede verse confundida por problemas severos de cómputo y tratabilidad.

⁴ Mirowski (1989) y Potts (2000) han caracterizado el análisis del equilibrio general como un campo teórico matemático donde cada punto en el espacio es asociado con otro. Potts argumenta que, por el contrario, la realidad económica es caracterizada por limitadas interconexiones, como un enrejado o una red. Siguiendo el precedente de Kirman (1983, 1987), Bush (1983), Ellerman (1984) y Mirowski (1991), Potts ve en la técnica matemática de la teoría de los grafos una formalización apropiada a las limitadas interconexiones de esta realidad.

EL POR QUÉ EN UNA TEORÍA GENERAL DE TRUEQUE SE PERDERÍA DINERO

En resumen, ya antes se ha discutido que existen varios problemas con la teorización general en las ciencias sociales. Uno es la intratabilidad analítica y computacional. Afrontando dichos límites computacionales, los teóricos generales simplifican sus modelos; así abandonan la generalidad de la teoría. Otro problema consiste en que estamos limitados a principios muy amplios que gobiernan todas las estructuras posibles dentro de su dominio de análisis. En la práctica, una teoría manejable tiene que limitarse a un subconjunto relativamente diminuto de todas las estructuras posibles. Además, el coste de la generalidad excesiva es que se pierden características importantes comunes a un subconjunto de fenómenos.

Para ilustrar el último argumento, consideraremos dos modelos muy simples, de una economía de trueque y de una economía monetaria, y consideraremos que implica menos conjeturas y que es más general. La estructura teórica de Robert Clower (1967) es el punto de partida. En una economía de trueque, toda mercancía en principio puede ser negociada por cualquier otra. Por el contrario, en una economía de dinero y sin trueque, las mercancías se intercambian sólo por dinero. De ahí que para Clower (1967, pp. 5-7) en una economía monetaria:

El rasgo peculiar de dinero, al compararse con una economía de trueque, es precisamente que algunas mercancías en una economía de dinero no pueden ser negociadas directamente para otras mercancías. ...El dinero compra bienes y los bienes compran dinero; pero los bienes no compran bienes.

Los diagramas siguientes —tomado y enmendado ligeramente de Clower (1967)— representan estas dos disposiciones que contrastan.

En la figura 1, C_1 , C_2 , C_3 y C_4 representan mercancías. M es el dinero. La presencia del símbolo x indica que es posible un intercambio entre dos mercancías; un “0” indica que ningún intercambio de ese tipo ocurre normalmente. Esta estructura restrictiva de una economía de intercambio es una condición necesaria, pero no suficiente para la existencia de dinero. Además, el dinero tiene otros atributos especiales —como una

reserva de valor y un medio para enfrentar un futuro incierto— que no están representados aquí.

FIGURA 1

Relaciones de intercambio mediante dinero y trueque

	C_1	C_2	C_3	C_4
C_1	x	x	x	x
C_2	x	x	x	x
C_3	x	x	x	x
C_4	x	x	x	x

Relaciones de intercambio en una economía de trueque

	M	C_2	C_3	C_4
M	x	x	x	x
C_2	x	x	0	0
C_3	x	0	x	0
C_4	x	0	0	x

Relaciones de intercambio en una economía monetaria

Al menos a primera vista, un modelo de economía de trueque en el cual todos los intercambios son posibles implica supuestos menos restrictivos que un modelo en el que hay dinero. Un modelo de una economía monetaria debe incluir supuestos adicionales restrictivos para obtener la estructura especial de una economía monetaria (figura 1). La representación teórica de una economía monetaria requiere *más* y no *menos* supuestos restrictivos.

¿Cuál modelo es más general? De los dos modelos en la figura 1, en cierto modo el modelo de economía de trueque es más general. La presencia de una x en cualquier célula en la matriz de la figura 1 indica que un intercambio es posible, sin que el intercambio tenga que ocurrir. En este sentido, por tanto, una economía monetaria es un caso especial de una economía de trueque: el modelo de economía de trueque es más general. Sin embargo, esto nos da una imagen parcial y potencialmente engañosa y la afirmación tiene que ser calificada.

Crucialmente, el proceso mismo de aparente generalización —de un modelo monetario a un modelo de trueque— quiere decir que algunos rasgos esenciales de una economía monetaria se pierden, pues si todo en

una economía de trueque posee la propiedad de ser como dinero y de tener la capacidad de intercambiarse con todo lo demás, entonces nada tiene la característica de dinero. Si todos los hombres son reyes entonces no hay ningún rey, porque la realeza implica la existencia de inferiores no reales.

El dinero existe sólo porque algunos intercambios son admitidos y otros son excluidos. Si todos los intercambios fueran admitidos entonces el dinero estaría excluido. En este sentido el modelo de trueque no es general: esto excluye el dinero. Desde este punto de vista, ni un trueque modela, ni la teoría walrasiana (que excluye el dinero) es una representación adecuada de una economía monetaria. Para que una teoría incluya dinero, se deben incorporar cualidades especiales para el dinero, con algunas formas de intercambio excluidas.

Este ejemplo muestra que, pareciendo más general en el alcance, el modelo de economía de trueque pierde las características importantes de la economía monetaria. Una teoría general de trueque no incluiría el dinero. La generalidad mayor en algunos aspectos puede ser ganada a costa de la pérdida de la capacidad de distinguir entre los detalles concretos y su explicación.

TEORÍA DE JUEGOS Y LA FUGA DE LAS GENERALIDADES

Sin mucha discusión, la economía predominante dejó caer silenciosamente la búsqueda para una teoría general en los años ochenta. El proyecto de teoría de equilibrio general se había estropeado (Kirman, 1989; Rizvi, 1994a, 1994b). La teoría de los juegos en un principio fue desarrollada y aplicada a la economía por John von Neumann y Oskar Morgenstern en 1944. Pero no se hizo popular hasta que el proyecto de equilibrio general hubiera tropezado con problemas insuperables en los años setenta. El regreso a la teoría de juegos representó el abandono de una teoría general de comportamiento del mercado.

En la teoría de juegos hay pocos resultados generales y éstos dependen de la estructura asumida y los parámetros del juego mismo. Dichas construcciones teóricas ejemplifican más que generalizar. Sin embargo, la

mayor parte de los teóricos de juegos conservan los modelos ahistoricos de la motivación y agencia humanas. El individuo sigue siendo un maximizador de rentabilidad o de utilidad. La maximización de la rentabilidad es una teoría general del comportamiento individual, pero esto no constituye la teoría completa de dinámica socioeconómica. La teoría de juegos mezcla la rentabilidad o la maximización de utilidad con estructuras específicas de juego. Muchas otras generalidades han desaparecido.

A excepción de Franklin Fisher (1989), el abandono por parte de los teóricos de juegos de la búsqueda histórica de una teoría general completa ha ocurrido sorprendentemente con muy poco comentario o reflexión por parte de los principales economistas. Sin embargo, el gran mensaje detrás del abandono de la teoría de equilibrio general no debería ser pasado por alto. El verdadero logro de todos los esfuerzos detrás del desarrollo de los modelos walrasianos y de Arrow–Debreu es mostrar los graves límites de la teorización general en la economía. Además, los avances en la teoría de la computación en los años ochenta y noventa nos muestran que los problemas de optimización implican dificultades no sólo de especificación, sino también de computabilidad.⁵

Quizá el más grande logro de la teoría económica general durante la última mitad del siglo fue confirmar la sospecha de que la teorización general sustantiva en economía siempre traerá resultados muy limitados e inadecuados. Todas las teorías sustantivas generales en sistemas complejos se caracterizan por sus limitaciones.

EL PROBLEMA DE LA ESPECIFICIDAD HISTÓRICA

Desde luego, el argumento en este ensayo no está en contra del valor de la generalización. Aunque la teorización general nunca puede ser suficiente, algunas afirmaciones generales no son sólo necesarias, sino también inevitables. Tampoco deberíamos subestimar el valor del trabajo

⁵ Véase, por ejemplo, Cutland (1980), Bennett y Landauer (1985) y Velupillai (1996, 2000).

empírico. La preocupación, sin embargo, es que tanto el empirismo como la generalización deductiva tienen sus fallas, y ambos comparten algunas presunciones defectuosas. En consecuencia, cualquier intento de dirigir un camino medio entre estos polos probablemente comparta las limitaciones de ambos. Hay que encontrar una posición más sofisticada, reconociendo un papel significativo para las teorías generales, pero también sus limitaciones. Se requiere algún tipo de teorización de rango-medio —para usar el término de Robert Merton (1949)— para aproximar lo general con lo empírico. Una buena cantidad del trabajo valioso en las ciencias sociales moderna es de este tipo. El problema, sin embargo, es que el sostén metodológico y las justificaciones meta-teóricas están relativamente inexploradas.

Hemos preparado el escenario para el problema metodológico, de importancia vital para las ciencias sociales. Como se mencionará más adelante, los economistas estuvieron preocupados con este problema central teórico y metodológico durante gran parte del siglo XIX. Esto siguió siendo discutido por los principales economistas hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Hoy, sin embargo, el problema en gran parte es ignorado. La mayor parte de los científicos sociales ni siquiera están conscientes de ello. No se encuentra en los libros populares de textos. Ni los economistas neoclásicos ni los post keynesianos parecen tener conocimiento del problema. Aunque teóricos anteriores tales como Karl Marx y John Commons se refirieron a él, los marxistas contemporáneos e institucionalistas le dan muy poca atención. Aunque Max Weber estuvo preocupado por el problema, éste está ausente de la mayor parte de la sociología teórica moderna, excepto en el juego de sombra del discurso moderno sobre los tipos ideales. Sin embargo, por aproximadamente cien años tal cuestión preocupó a algunas de las más grandes mentes de las ciencias sociales y fue tema central de los análisis social y económico.

El problema de la especificidad histórica reconoce, primero, el hecho de que existen diferentes sistemas socioeconómicos en el tiempo histórico y en el espacio geográfico. El problema de la especificidad histórica

orienta los límites de la unificación explicativa en la ciencia social: fenómenos socioeconómicos sustancialmente diferentes pueden requerir teorías que son en algunos aspectos diferentes. Si sistemas socioeconómicos diferentes tienen rasgos en común entonces, en cierta medida, las diferentes teorías requeridas para analizar sistemas diferentes podrían razonablemente compartir algunas características comunes. Pero a veces habrá también diferencias importantes. Los conceptos y marcos teóricos apropiados para un objeto real no pueden ser apropiados para otro. El problema de la especificidad histórica comienza con un reconocimiento de diferencias significativas subyacentes entre variados objetos de análisis. Una teoría puede no ser apta a todos.

Por ejemplo, el sistema socioeconómico de hoy es muy diferente de los sistemas de hace quinientos, mil o dos mil años. Aún hoy, a pesar de tener algunos rasgos importantes en común, los sistemas socioeconómicos existentes en diferentes países son considerablemente diferentes el uno del otro en detalles clave. Existen además variaciones importantes en las estructuras, las reglas y los mecanismos de producción y asignación. Los propósitos individuales y las normas sociales también varían, relacionándose con diferencias de la cultura, las cuales pueden ser tan sustanciales que ello coloca límites a la unificación ontológica explicativa. Por consiguiente, como resultado hasta cierto punto, los diferentes tipos de sistemas socioeconómicos pueden requerir herramientas conceptuales diferentes. Un objeto de análisis fundamentalmente diferente puede requerir una teoría diferente.

Insistimos: cualesquiera de los aspectos comunes de estas diferentes teorías podrían reflejar razonablemente rasgos comunes de los sistemas implicados. Pueden existir fenómenos históricos comunes —tales como la escasez de recursos físicos—. Sin embargo, cuando comparamos sistemas socioeconómicos hay diferencias importantes así como semejanzas. Las teorías usadas para analizarlos también pueden tener que ser diferentes hasta cierto grado.

Muchas de tales diferencias no pueden ser capturadas por meras diferencias de valores en los parámetros. El problema de la especificidad

histórica está relacionado con el desarrollo de teorías particulares específicas, cada una aplicable a una clase particular de sistema socioeconómico. Una teoría adecuada de (digamos) el feudalismo puede no ser completamente adecuada también para (digamos) el capitalismo. Una realidad esencialmente diferente puede requerir una teoría considerablemente diferente.

Una teoría adecuada del capitalismo debe referirse a la ubicuidad de los mercados y los contratos de empleo y explicar el comportamiento de las firmas orientadas hacia el mercado, y de empresas en busca de ganancia. Sin embargo, los mercados y corporaciones involucradas en el mercadeo tuvieron un papel insignificante bajo el feudalismo. En consecuencia los conceptos que se relacionan exclusivamente con el mercado —como la oferta, la demanda y la competencia— tendrían mucho menos importancia para una teoría de feudalismo. En cambio, una teoría de feudalismo tendría que centrarse en otro juego de fenómenos esenciales. Otros conceptos, concernientes a la naturaleza de la jerarquía y poder feudales, asumirían mayor relevancia. Desde luego, existe la posibilidad de que una teoría del feudalismo y una teoría del capitalismo puedan compartir rasgos comunes y un marco teórico subyacente (Hodgson, 2001). Pero sería erróneo asumir que el marco común subyacente necesariamente constituiría una teoría adecuada o completa. Las diferencias esenciales entre el capitalismo y el feudalismo colocan límites al alcance de unificaciones explicativas que incluyen a ambas.

Nótese que hay mucha apertura y flexibilidad aquí en cuanto a qué, por ejemplo, puede constituir una diferencia esencial entre una realidad y otra, o en que las formas de una teoría pueden diferir de la otra. Puede haber diferentes maneras de entendimiento de cuáles rasgos esenciales de los sistemas varían o lo que constituye un concepto esencial de una teoría. Estas preguntas no pueden ser contestadas sin la elaboración de una metodología y una ontología social. Pero no es ni posible, ni necesario en esta etapa inicial llegar a la precisión absoluta en estos términos. El punto que queremos enfatizar es el hecho de que hay aspectos a contestar *prima facie*, que cubren una amplia gama de los significados de frases como “la realidad puede diferenciarse en los aspectos esenciales” y “los

conceptos principales y las categorías de una teoría podrían tener que diferir”. La aceptación del caso *prima facie* nos exige necesariamente intentar ser más exactos sobre estas declaraciones. Ciertamente gran parte del detalle importante del debate atañe a estas mismas cuestiones de examen y precisión posterior.

Como se mencionó, existen problemas de complejidad y tratabilidad en la formulación de cualquier modelo generado, a través de casos complejos y muy diferentes. El problema de tratabilidad obliga a muchos teóricos a hacer supuestos específicos. Como consecuencia, la mayor parte de la teorización que se dice general es de hecho específica en su enfoque. Además, la comparación de una economía de trueque y una economía monetaria muestra que un movimiento hacia una generalidad aparentemente mayor puede a veces perder el énfasis sobre las conexiones específicas y los acoplamientos que son las características importantes de estructuras socioeconómicas específicas. Cualquier resolución tentativa al problema de la especificidad histórica debe abordar este posible intercambio entre la generalidad y el compromiso con el detalle específico.

Sin embargo, con más exactitud, el problema podría ser expresado como “el problema de la especificidad histórica y geográfica” debido a las diferencias de los sistemas socioeconómicos a través del espacio y del tiempo. Las clases particulares en principio no están restringidas por estos dos factores. Es posible —aunque improbable en el contexto social— que dos casos de una clase de sistema socioeconómico puedan aparecer en tiempos o lugares distintos. De ahí esto podría ser catalogado como “el problema de la especificidad”. Sin embargo, la frase “el problema de la especificidad histórica” se conserva aquí porque en las discusiones históricas acerca de esto, a lo largo de un siglo, la consideración de las diferencias de este tipo ha sido colocada principalmente —aunque no completamente— en un contexto histórico. Sin embargo, las diferencias geográficas son tan importantes como las históricas y la discusión que aquí hacemos se aplica a todas las variaciones, tanto a través del espacio como del tiempo.

Reconocer el problema de la especificidad histórica implica plantear tales preguntas. En parte, el problema de la especificidad histórica ayuda a diferenciar las ciencias sociales de las físicas. Los sistemas socioeconómicos han cambiado notablemente en los últimos milenios, mientras que las propiedades esenciales y las leyes del mundo físico no han cambiado desde el *Big Bang*. En consecuencia los métodos y los procedimientos de las ciencias sociales deben transformarse para seguir el sujeto cambiante de análisis. Esto no sucede en las ciencias físicas.

Una excepción parcial es la biología. En lo biótico, como en el mundo social, nuevas especies y fenómenos surgen, y otros desaparecen. En consecuencia la biología combina principios generales (por ejemplo: taxonomía, las leyes de evolución) con los estudios particulares de mecanismos específicos y fenómenos. Esta es una razón del porque las ciencias sociales deberían estar más cercanas a la biología que a la física: la biología tiene un problema de especificidad histórica o evolutiva.

HALLAZGOS DEL PASADO

Actualmente es notable que este vital problema metodológico rara vez sea planteado en los principales libros de texto modernos de economía, a cualquier nivel, y sea discutido pocas veces aún en las literaturas metodológicamente informadas o disidentes en economía. Por el contrario, el problema de la especificidad histórica fue expuesto claramente por Marx y sus seguidores, y explorado por la escuela histórica alemana de 1840 a 1930. Grandes nombres como Gustav Schmoller y Werner Sombart abordaron este problema. En Gran Bretaña, Alfred Marshall lo investigó y reconoció la contribución de la escuela histórica alemana. El problema también fue tratado por el institucionalismo estadounidense. Pero en términos teóricos —con excepciones notables como John Common y Frank Knight— Estados Unidos fracasó en desarrollar el asunto más allá que los economistas alemanes referidos.

En conclusión, el problema de la especificidad histórica fue claramente abordado por los economistas alemanes en el siglo XIX, pero nunca

apareció como una cuestión principal en la literatura económica de la lengua inglesa. Sin embargo, se discutirá aquí que la cuestión debe ser central, al menos para un enfoque realista del tema. De hecho, es un problema crucial en la ciencia social y económica, y no debe ser despreciado por su negligencia.

Si esta evaluación es correcta entonces la ausencia virtual de cualquier discusión del problema en la economía moderna requiere ser explicada. En parte, la explicación yace sobre la persecución y destrucción del período Nazi —de 1933 a 1945— y sus efectos negativos sobre la filosofía alemana y la ciencia social. El que ya no sean necesarios economistas entrenados para leer alemán también debe ser considerado.

Sin embargo, hay más que esto. Aunque identificaron el problema de manera clara, Marx y la escuela histórica alemana tenían marcos metodológicos inadecuados para abordarlo. En particular, los éxitos de sus opositores austriacos, en las controversias del *Methodenstreit* de los años de 1880 en adelante fueron relevantes debido a estas debilidades. El primer contraataque metodológico realizado por economistas con tendencias históricas fue incorrecto, y aún con Schmoller no surgió una respuesta metodológica adecuada. Una debilidad principal en la temprana tradición histórica de la escuela era una fe excesiva en el empirismo y en los métodos inductivos.

La escuela histórica posterior, incluyendo Sombart, reconoció esta debilidad, pero vivió en una época inadecuada para desarrollar una alternativa. El nazismo y la Segunda Guerra Mundial intervinieron. Para 1945 el problema fue enterrado bajo los escombros de la destrucción. Surgió la creencia convencional de que la escuela histórica alemana había perdido en el *Methodenstreit*, y fue cerrado el argumento.

Se argumentará aquí que esta conclusión es errónea, que el problema de la especificidad histórica no puede ser ignorado legítimamente y que había serios defectos metodológicos y teóricos en ambos lados del debate: en las posiciones de Marx, de la escuela histórica y de sus críticos austriacos.

Puede parecer notable que este problema haya sido extensamente discutido en la economía por aproximadamente cien años. La sociología no

se estableció totalmente en la academia occidental hasta la primera parte del siglo XX. La economía y la sociología sufrieron una transformación metodológica en los años treinta lo que implicó una nueva definición de la naturaleza y la materia de estas disciplinas. Estas transformaciones explican más a fondo el abandono del problema de la especificidad histórica.

Los principales arquitectos de esta reconstrucción fueron Lionel Robbins (1932) en economía y Talcott Parson (1937) en la sociología. Aunque sus posturas se diferenciaban, estaban de acuerdo acerca del dominio del análisis de cada disciplina. En su visión, la economía se dedicaría a las cuestiones atinentes a la opción y la sociología a las de la acción. Lo que ellos hicieron en común fue intentar enterrar el problema de la especificidad histórica. Con el derrumbamiento de la academia alemana en la Segunda Guerra Mundial, y la derrota del institucionalismo estadounidense en los cuarenta, la economía de la posguerra abandonó el problema de la especificidad histórica.

Los teóricos generales no reconocen dicho problema porque creen que la economía puede proceder completamente de bases universal e históricamente inespecíficas. En el pasado, algunos empiristas han reaccionado contra los teóricos generales acentuando la especificidad en cada caso, pero fallando en establecer un marco teórico previo; así, los empiristas quedan perdidos sin un sistema de clasificación. En casos extremos, los teóricos generales ven sólo las semejanzas —los empiristas ven sólo las diferencias—. El problema gira en torno al establecimiento de categorías apropiadas y supuestos sobre los que ambos, el trabajo empírico y teórico, deben proceder. Resolver el problema es imposible, en principio, simplemente investigando en los hechos. Ni la teorización general ni el empirismo pueden dar cuenta suficientemente del problema de la especificidad histórica.

ALGUNAS FORMAS DE EVITAR EL PROBLEMA

Consideremos algunas aproximaciones en que se ha evadido o ignorado el problema de la especificidad histórica.

Evasión 1: *la afirmación de rasgos comunes contundentes o de problemáticas ubicuas*. A veces se afirma que todos los sistemas socioeconómicos viables tienen atributos comunes. A partir de esto, se sugiere que ellos pueden tener algo en común. Es razonable mantener una versión restringida de este postulado. Sin embargo, el error es concentrarse enteramente en las similitudes y olvidar las diferencias. La existencia de características comunes en todos los sistemas socioeconómicos no implica que características diferentes o particulares tengan poca o nula importancia. Es necesario enfocarnos en ambas: en las particulares y las generales. El error es asumir que todo lo que importa es aquello que es general o común para los sistemas socioeconómicos.

El abandono del problema de la especificidad histórica excluye los detalles. Se asume que los llamados atributos comunes de todos los sistemas socioeconómicos (por ejemplo; los mercados, el cambio, la elección) son los fenómenos claves del análisis económico con exclusión de otros aspectos del llamado contingente histórico. La economía se hace ahistórica por enfocarse únicamente en lo que es supuestamente común para todos los sistemas.

El acento unilateral sobre las concordancias se relaciona con la concepción particular de la economía como la ciencia de opción universal. Menger, Robbins y otros argumentaron que la economía debería abordar la problemática común de opción individual bajo escasez, y el seguir el rastro de las consecuencias de opciones múltiples, las elecciones racionales individuales, en términos de su resultado intencionado o no intencionado. Independientemente del valor de este acercamiento teórico-selecto a la economía, esto se aleja mucho del contexto. Se pone atención insuficiente en las circunstancias históricas únicas en las que las decisiones individuales siempre ocurren. Se descuidan las formas en las que las instituciones o culturas pueden moldear las preferencias individuales.

Por el contrario, se argumenta aquí que todos los sistemas socioeconómicos son necesariamente combinaciones de elementos distintos. Estas combinaciones en su turno dependerán de circunstancias históricas y locales. Una vez que reconocemos la inevitabilidad y la importancia de

fenómenos adicionales y no-universales, entonces surge un nuevo tipo de problema teórico, tomando en cuenta los supuestos que son apropiados en un contexto dado. ¿Cómo afrontamos tales supuestos con una metodología apropiada? Esto es parte del problema de la especificidad histórica.

Evasión 2: la doctrina de un tipo natural de sistema socioeconómico. Otra manera de evitar el problema de la especificidad histórica es asumir que un sistema es natural y todos los otros sistemas son antinaturales. Esta idea está profundamente arraigada en la opinión más general de que las uniformidades y las regularidades de la vida económica son determinadas por la naturaleza.

Una vez que cualquier tipo dado de sistema socioeconómico es considerado como natural entonces todas las desviaciones son consideradas como aberraciones que deben ser corregidas por una apelación a los hechos singulares brutos o las leyes naturales de la vida económica. Esta idea antigua a menudo ha sido utilizada en intentos por darle justificación científica al *status quo*. Además, esto anima al científico social a enfocarse a un solo tipo de sistema.

Uno de los problemas en esta doctrina es que da el concepto de natural por hecho. En ambos, en la sociedad y en la naturaleza, qué es y qué no es natural es algo poco evidente. La evolución tiene muchos ejemplos de caprichos y resultados que dependen del camino que se siguió. ¿Son las especies extintas antinaturales? ¿Es todo lo que sobrevive y perdura natural?

Si se argumenta que las economías de tipo soviético son antinaturales por su corta vida, entonces llegamos a la conclusión de que las sociedades esclavas de la antigüedad son más naturales que el capitalismo moderno industrial: la antigüedad duró por miles de años mientras que el capitalismo ha existido por poco más de dos siglos. A pesar de la duradera persistencia de la doctrina de tipos naturales en las ciencias sociales, los criterios para conceder el término natural a un sistema más que a otro han sido elusivos.

Evasión 3: la opinión de la economía como una expresión de la naturaleza humana o psicológica. Una variante común de la doctrina

anterior es la idea de que el sistema escogido es una expresión de la naturaleza humana. Muchos de los principales pensadores mantuvieron la opinión de que la naturaleza humana era constante y universal. En *La riqueza de las naciones* Adam Smith escribió sobre “la propensión en la naturaleza humana a... traficar, trocar o intercambiar una cosa por otra” (Smith, 1976, p. 17). Smith asumió que la predilección para hacer contratos no es creada histórica y culturalmente sino que es “una propensión en la naturaleza humana”. Para sostener esta opinión natural de contrato y cambio, ellos tienen que ser considerados como algo separado de las instituciones específicas e históricamente creadas, como la propiedad, la ley y los tribunales. Haciéndolo universal y natural, Smith se inclinó por catalogar el intercambio simplemente como un flujo de bienes, servicios o dinero entre personas. Sin embargo, cuando el intercambio ocurre en economías de mercado, estos no son simplemente cosas que son intercambiadas, sino también derechos de propiedad. Además, los contratos son hechos en el contexto de las leyes y las sanciones potenciales del sistema legal. Viendo el intercambio y el contrato como manifestaciones esencialmente de naturaleza humana, Smith minimizó las instituciones históricamente contingentes sobre las cuales estas actividades dependen. Como será mostrado, Carl Menger y los miembros de la escuela austriaca de economía cometieron un error similar.

La idea de que la economía se funda en gran parte en la naturaleza humana o la psicología, es notablemente persistente. No se argumenta aquí que estos factores son irrelevantes para el entendimiento de las sociedades humanas. El problema surge cuando se cree que el análisis social y económico se deriva en gran parte de un entendimiento de la naturaleza humana o solo de la psicología.

Es notablemente persistente la noción de un individuo, con objetivos dados o funciones de preferencia, en el pensamiento económico moderno. Con la extensión de la teoría moderna de elección racional a otras disciplinas, esta noción también se está aplicando en sociología y ciencia política. La agenda de investigación a menudo implica una búsqueda de el arreglo económico, social o político óptimo, sobre la base de la asun-

ción de que la sociedad es una colección de individuos fijos y ahistóricos. La historia entonces es admitida sólo en la medida en que esto implica comparaciones con un solo sistema óptimo. Haciendo al individuo ahistóricos, se pierde la historia verdadera de los sistemas socioeconómicos.

Al contrario, si consideramos al individuo como parcialmente constituido por la sociedad y sus instituciones, entonces la historia puede ser admitida nuevamente en la historia. El individuo y la sociedad son mutuamente constitutivos; cada uno forma y reforma al otro, en un proceso continuo. Ni la sociedad ni el individuo son fijos. La naturaleza humana tiene efectos verdaderos pero esto no es estático. Tampoco hay un solo orden natural. En consecuencia el reconocimiento del problema de la especificidad histórica está ligado a una opinión de la naturaleza humana como moldeada y reconstituida por instituciones sociales.

Evasión 4: la afirmación del libre mercado como el ideal. El abandono del problema de la especificidad histórica a menudo implica una gran dosis de ideología de libre mercado. En la historia del sujeto desde Adam Smith, muchos economistas han intentado usar presuntas leyes económicas para intentar justificar la política de mercado libre. Aquellos que abogan por los mercados libres y sin trabas la sostienen como un estándar puro e ideal a través del cual se juzga la realidad. Desde luego, ellos observan en el mundo real muchos casos de mercados inflexibles, regulados, encadenados o hasta faltantes. Estos son denunciados como desviaciones de la norma pura y perfecta.

Se dice que la teoría económica demuestra que los mercados libres son óptimos, pero cualquier teórico en economía competente sabe que esta opinión está basada en supuestos restrictivos y discutible. Sin embargo, la creencia en la optimización persiste. Al creer que los mercados son la solución y que los mercados trabajarán bien sólo si son libres y sin trabas, se ignoran los casos de mercados imperfectos o faltantes. Si la teoría no encaja en la realidad, entonces la realidad debería rehacerse para encajar en la teoría. Las imperfecciones y carencias en la existencia de mercados deben ser eliminadas y nuevos mercados deberían establecerse en sitios donde ellos falten.

Dejando de lado las cuestiones ideológicas hay importantes implicaciones teóricas en este ámbito trivial. En pocas palabras, la economía deviene el estudio de un ideal, un sistema puro de mercado. Esto sostiene que ningún otro sistema, pasado o presente, necesite ser estudiado porque se considera como una aberración desde la norma ideal. La historia económica se convierte en la historia del desarrollo de todas las economías hacia este ideal. Cualesquiera impurezas o imperfecciones en sistemas existentes de mercado son consideradas como resacas desafortunadas del pasado. El discurso teórico se enfoca a un modelo singular del llamado sistema puro de mercado.

Desde luego, no todos los economistas toman este punto de vista extremo. Muchos encuentran razones suficientes para la supervivencia de las imperfecciones de mercado en el sistema —como bienes públicos, externalidades y gastos de transacción— y abogan por alguna intervención del gobierno y por algunas formas que no sean de la organización del mercado. Sin embargo, la opinión antes descrita es suficientemente poderosa para limitar el análisis de las formas no mercantiles de asignación. Las desviaciones del ideal puro de mercado son a menudo interpretadas, en gran parte, en términos de los conceptos centrales del sistema de mercado (el intercambio, precios, gastos, la oferta, la demanda). Estos no son tratados como entidades separadas, requiriendo marcos teóricos adicionales y conceptuales.

Una versión particular de esta ideología de libre mercado asume que las instituciones del capitalismo estadounidense son el ideal. Cuando las economías en otro sitio experimentan la recesión, como en Japón y Asia del Este, entonces se dice que la razón para este funcionamiento subóptimo es que las instituciones económicas libres y competitivas del capitalismo estadounidense no están suficientemente reproducidas en estas economías. Otra vez esto da una excusa para ignorar las instituciones específicas y las estructuras involucradas. La posibilidad de que su desarrollo puede ser dependiente de este camino, o que ellos pueden ser capaces de superar consistentemente el capitalismo estadounidense en otras circunstancias, no aparece en la agenda.

Una teoría de la economía ideal probablemente surgirá en períodos dominados por un único, y eficaz, tipo de sistema. La oposición a este ideal es muy probable que emerja en contextos donde esto se considere imperfecto o inadecuado. En el siglo XIX, cuando el capitalismo británico era el motor de su poder global, el reconocimiento del problema de la especificidad histórica era notable en Alemania e Irlanda. Los economistas alemanes e irlandeses se opusieron a la política económica británica, a la que consideraban como un freno a su propio desarrollo nacional. Ellos también llevaron a cabo una perspectiva teórica distintiva. Estas ideas discrepantes se importaron a los Estados Unidos e influyeron en el institucionalismo estadounidense. Sin embargo, hacia 1945 Gran Bretaña no fue más el líder del poder mundial y Estados Unidos se vio, asimismo, como el modelo para el mundo. Este país emergió de su aislamiento y vio sus propias estructuras institucionales como el modelo que otros debían seguir. Esta dominación intelectual estadounidense permaneció durante todo el siglo XX, excepto por un breve período en 1980 cuando Japón era considerado como un modelo rival en términos del crecimiento económico. En consecuencia, la noción de un singular sistema ideal persiste.

EL REALISMO SIGNIFICA QUE EL PROBLEMA REAPARECE

A pesar de la evasión del problema de la especificidad histórica, estamos acostumbrados a términos como el capitalismo, el feudalismo y el socialismo en el discurso de las ciencias económicas y de otras ciencias sociales. Se proclaman las ventajas de un tipo de sistema sobre los otros. En muchos sentidos, los principales economistas aluden a alguna clasificación taxonómica de los diferentes tipos de sistema económico. Si estas diferencias son significativas, también debe haber una suposición de que sistemas diferentes se comportan de formas diferentes. En otras palabras, los sistemas diferentes están sujetos a leyes o principios de operación que difieren del uno al otro. Incluso si se aceptad que todos los sistemas socioeconómicos están sujetos a leyes o a principios comunes, entonces tales diferencias también son aceptadas. De otra manera no tendríamos

ninguna base para sugerir que un sistema funcionara de un modo diferente a otro.

Sorprende que en la economía moderna exista poca discusión de los problemas metodológicos subyacentes cuando se hacen tales comparaciones. Hoy la subdisciplina de los sistemas económicos comparados está relativamente descuidada. Los temas y los problemas metodológicos relevantes raras veces se enseñan en los programas de posgrado de economía de las principales universidades. Las discusiones taxonómicas de fondo de los diferentes tipos de sistemas socioeconómicos, o de los diferentes tipos de firma o de mercado son todas notables por su rareza.

Al contrario, la economía moderna predominante se define como la ciencia de las opciones bajo escasez, alegando que sus principios pueden aplicarse a todas las economías donde la opción y la escasez existen (Robbins, 1932). Las verdaderas diferencias entre los sistemas socioeconómicos son o bien minimizadas o bien ignoradas en este nivel conceptual.

¿Cómo establecemos una tipología de los diferentes tipos de sistemas socioeconómicos? ¿Qué criterios usamos para distinguir un sistema de otro y cómo se derivan estos criterios? ¿Cómo identificamos los principios medulares de operación de sistemas socioeconómicos específicos, junto a principios o leyes que pueden ser comunes a un conjunto más grande de tales sistemas?

Puede decirse que cualquier ciencia debe enfocarse a un segmento particular o nivel de la realidad objetiva e intentar entender y explicar los fenómenos en aquel dominio. Cada ciencia, desde esta perspectiva, tiene un dominio específico de análisis al cual está relacionada. De ahí que la física trata de la naturaleza y las propiedades de la materia y la energía, la química estudia las sustancias, la astronomía trata de los cuerpos celestes, la biología trata de los seres vivos, la psicología de la psique humana, etcétera.

Esta es una visión realista de la ciencia que sería aceptada de manera amplia, pero no universal, entre los filósofos. Negar que las ciencias tienen un objeto real es equivalente a una negación de la existencia de una realidad objetiva. Con la crisis actual en los fundamentos teóricos de las ciencias

sociales, es necesario defender la existencia de tal realidad y su lugar en el discurso científico. Esto habría sido innecesario en los tiempos de Marshall o Marx: ellos tomaron la existencia de la realidad objetiva como un hecho.

Aunque los filósofos realistas no poseen ningún camino real hacia la verdad, sí demandan, sin embargo, que la verdad sea un objetivo primario de la ciencia. Aunque toda la ciencia es provisional, y una metodología infalible está siempre más allá de nuestro asimiento, esto no significa que podamos abandonar la búsqueda de la verdad. Esta búsqueda puede revelar múltiples posibles verdades, incluso algunas contradictorias. La ciencia simplemente no debería quedarse allí, debería investigar la realidad y crear el diálogo entre los investigadores para que el error pueda ser eliminado y que exista un avance más viable de las demandas. La tarea central de la ciencia es avanzar en el entendimiento de cómo el mundo real trabaja en realidad.⁶

El realismo filosófico está basado en la premisa de que la aceptación de la existencia de un mundo real más allá de nuestros sentidos hace inteligible conceptos científicos tan esenciales como la explicación y la verdad. La ciencia, para ser ciencia, debe basarse en algo; esto es, debe tener un objeto verdadero de investigación.

La pregunta es básicamente está: ¿son los supuestos principales de la ciencia económica apropiados para todos los tipos y las formas de economía, desde el alba de la historia humana, o son apropiados sólo para un sólo subconjunto de ellas (temporal o geográfico)? Por ejemplo, ¿son los supuestos de la economía apropiados solamente para los sistemas modernos de mercado, o para todos los tipos de sistemas socioeconómicos? ¿Algunos supuestos tienen aplicabilidad general transhistórica, mientras que otros son sólo históricamente específicos? Si es así, ¿cómo establecemos conceptos en cada nivel de generalidad? Este, con todas sus preguntas, es el problema de la especificidad histórica.

⁶ Para detalles sobre las versiones del realismo filosófico en las ciencias sociales véase, Archer (1995), Bhaskar (1979), Lawson (1997), Mäki (1989, 1990b, 1997, 1998, 2001) y Searle (1995).

CONCLUSIONES

La discusión de varios de los problemas clave que se establecieron aquí está relativamente ausente en la literatura reciente de las ciencias sociales. En consecuencia, para clarificar y para evitar malentendidos, mencionaré algunas de las proposiciones hechas con anterioridad. Ellas constituyen el punto de vista de este trabajo acerca de las preguntas sobre la generalidad y la especificidad en la teoría económica y social. Se defienden aquí las siguientes proposiciones:

1. La ciencia no puede ser simplemente el análisis o la descripción de detalles empíricos. Las descripciones en sí mismas siempre están basadas en teorías y conceptos previos, ya sean explícitos o tácitos.
2. La ciencia no puede proceder sin algunos principios y afirmaciones generales o universales. Los objetivos verdaderos de la ciencia son las unificaciones y generalizaciones que explican mecanismos causales reales.
3. Sin embargo, las teorías generales acerca de los fenómenos complejos son siempre simplificaciones limitadas, debido en gran parte a las complejidades y limitaciones computacionales involucradas en el intento de cualquier teoría realmente general.
4. Las unificaciones y generalizaciones en la ciencia social proporcionan marcos conceptuales poderosos, pero a menudo carecen de la capacidad de discriminar y explicar suficientemente los detalles concretos.
5. Las teorías supuestamente generales tienen poder explicativo en las ciencias sociales sólo cuando se hacen supuestos adicionales limitados y particulares.
6. En relación con los sistemas (socioeconómicos) complejos, requerimos una combinación de conceptos generales, afirmaciones y teorías, con conceptos particulares, relacionándolos con los tipos particulares del sistema o subsistema.

7. Las afirmaciones y las teorías más poderosas e informativas en las ciencias sociales son las que surgen de teorizaciones particulares, que apuntan a un ámbito específico de análisis, y que están guiadas por principios y marcos generales.
8. Las ciencias sociales deben así combinar principios generales con teorías que apuntan a ámbitos específicos. Éstos funcionan en niveles diferentes de abstracción. Una meta-teoría filosóficamente bien informada debe considerar la relación entre estos niveles.

La aceptación de las dos primeras proposiciones, junto con la negligencia de las otras seis, lleva a una acentuación exagerada en las teorías generales. Muchos intentos pasados que tratan de ocuparse del problema de la especificidad histórica, han fallado debido a una negación de la segunda proposición y un fracaso en entender la primera. La esencia de la argumentación que aquí se hace es que se deben aceptar las dos primeras proposiciones, pero también seguir adelante para hacer cumplir las otras seis. Es en esta última zona en donde se ha empobrecido el argumento histórico.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, Jeffrey C., *Theoretical Logic in Sociology*, 4 vols. Berkeley y Londres, Universidad de California, y Rutledge y Kegan Paul, 1982-1983.
- Archer, Margaret S., *Realist Social Theory: The Morphogenetic Approach*, Cambridge, Universidad de Cambridge, 1995.
- Arrow, Kenneth J., "Rationality of Self and Others in an Economic System", *Journal of Business*, 59(4.2), octubre. Reimpreso en John Eatwell, Murray Milgate y Peter Newman, (ed.) (1987) *The New Palgrave Dictionary of Economics*, Londres, Macmillan, vol. 2., 1986, pp. S385-S399.
- Arthur, W. Brian, "Competing Technologies, Increasing Returns, and Lock-in by Historical Events", *Economic Journal*, 99(1), marzo, 1989, pp. 116-131.

- , *Increasing Returns and Path Dependence in the Economy*, Ann Arbor, MI, University of Michigan Press, 1994.
- Bennett, Charles y Rolf Landauer, “The Fundamental Physical Limits of Computation”, *Scientific American*, 253, julio, 1985, pp. 48-56.
- Bhaskar, Roy, *The Possibility of Naturalism: A Philosophic Critique of the Contemporary Human Sciences*, Brighton, Harvester, 1979.
- Blau, Peter, *Exchange and Power in Social Life*, Nueva York, Wiley, 1964.
- Bush, Paul Dale, “An Exploration of the Structural Characteristics of a Veblen-Ayres-Foster Defined Institutional Domain”, *Journal of Economic Issues*, 17(1), marzo, 1983, pp. 35-66.
- Clower, Robert W., “A Reconsideration of the Microfoundations of Monetary Theory”, *Western Economic Journal*, 6, pp. 1-9. Reimpreso en Robert W. Clower (ed.), *Monetary Theory*, Harmondsworth, Penguin, 1967 (1969).
- , “Economics as an Inductive Science”, *Southern Economic Journal*, 60(4), Abril, 1994, pp. 805-814.
- , “Post-Keynes Monetary and Financial Theory”, *Journal of Post Keynesian Economics*, 21(3), primavera, 1999, pp. 399-414.
- Coleman, James S., *Foundations of Social Theory*, Cambridge, MA, Universidad de Harvard, 1990.
- Coricelli, Fabrizio y Giovanni Dosi, “Coordination and Order in Economic Change and the Interpretative Power of Economic Theory”, en Giovanni Dosi, Christopher Freeman, Richard Nelson, Gerald Silverberg y Luc L. G. Soete (ed.), *Technical Change and Economic Theory*, Londres, Pinter, 1988, pp. 124-147.
- Costa, Manuel Luis, *General Equilibrium Analysis and the Theory of Markets*, Cheltenham y Lyme, NH, Edward Elgar, 1998.
- Cutland, Nigel J., *Computability: An Introduction to Recursive Function Theory*, Cambridge, Universidad de Cambridge, 1980.
- David, Paul A., “Clio and the Economics of QWERTY”, *American Economic Review, Papers and Proceedings*, 75(2), mayo, 1985, pp. 332-337.
- , “Why are Institutions the ‘Carriers of History’? Path Dependence and the Evolution of Conventions, Organizations and Institutions”, *Structural Change and Economic Dynamics*, 5(2), 1994, pp. 205-220.

- Debreu, Gerard, "Excess Demand Functions", *Journal of Mathematical Economics*, 1(1), marzo, 1974, pp. 15-21.
- Dosi, Giovanni, Christopher Freeman, Richard Nelson, Gerald Silverberg y Luc L. G. Soete (eds), *Technical Change and Economic Theory*, Londres, Pinter, 1988.
- Ellerman, David P., "Arbitrage Theory: A Mathematical Introduction", *SIAM Review*, 26, 1984, pp. 241-261.
- Fisher, Franklin M., "Games Economists Play: A Noncooperative View", *Rand Journal of Economics*, 20, 1989, pp. 113-124.
- Garrouste, Pierre y Stavros Ioannides (eds), *Evolution and Path Dependence in Economic Ideas: Past and Present*, Cheltenham, Edward Elgar, 2001.
- Giddens, Anthony, *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge, Polity Press, 1984.
- Glymour, Clark, "Explanations, Tests, Unity and Necessity", *Noûs*, 14(1), marzo, 1980, pp. 31-50.
- Hahn, Frank H., "General Equilibrium Theory", *The Public Interest*, Special Issue, 1980, pp. 123-138. Reimpresión Hahn, Frank H., *Equilibrium and Macroeconomics*, Oxford, Basil Blackwell, 1984.
- Hahn, Frank H., "On Monetary Theory", *Economic Journal*, 98(4), diciembre, 1988, pp. 957-973.
- Hodgson, Geoffrey M., *Economics and Evolution: Bringing Life Back Into Economics*, Cambridge, UK y Ann Arbor, MI, Polity Press y Universidad de Michigan Press, 1993.
- , *How Economics Forgot History: The Problem of Historical Specificity in Social Science*, Londres y Nueva York, Routledge, 2001.
- , *The Evolution of Institutional Economics: Agency and Structure in American Institutionalism*, Londres y Nueva York, Routledge. (Proximamente.)
- Homans, George C., *Social Behaviour: Its Elementary Form*. Londres, Routledge y Kegan Paul, 1961.
- Kirman, Alan P., "Communication in Markets: A Suggested Approach", *Economics Letters*, 12, 1983, pp. 101-108.

- Kirman, Alan P., "Graph Theory", en Eatwell, John, Murray Milgate y Peter Newman (eds), *The New Palgrave Dictionary of Economics*, Londres, Macmillan, vol. 2, 1987, pp. 558-559.
- , "The Intrinsic Limits of Modern Economic Theory: The Emperor Has No Clothes", *Economic Journal, Conference Papers*, 99, 1989, pp. 126-139.
- , "Whom or What Does the Representative Individual Represent?", *Journal of Economic Perspectives*, 6(2), primavera, 1992, pp. 117-136.
- Kitcher, Philip, "Explanatory Unification", *Philosophy of Science*, 48, 1981, pp. 507-531.
- , "Explanatory Unification and the Causal Structure of the World", *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, 13, 1989, pp. 410-505.
- Lange, Oskar R., "The Rate of Interest and the Optimum Propensity to Consume", *Economica*, 5(1), febrero, 1938, pp. 12-32.
- Lange, Oskar R. y Frederick M. Taylor, *On the Economic Theory of Socialism*, ed. Benjamin E. Lippincot, Minneapolis, Universidad de Minnesota, 1938.
- Lavoie, Marc, *Foundations of Post-Keynesian Economic Analysis*, Aldershot, Edward Elgar, 1992.
- Lawson, Tony, *Economics and Reality*, Londres, Routledge, 1997.
- Lewontin, Richard C., "Facts and the Factitious in Natural Science", *Critical Inquiry*, 18(1), 1991, pp. 140-153.
- Luhmann, Niklas, *Social Systems*, traducido de la edición en alemán de 1984 por John Bednarz, prólogo de Eva M. Knodt, Stanford, Universidad de Stanford, 1995.
- Mäki, Uskali, "On the Problem of Realism in Economics", *Ricerche Economiche*, 43(1-2), julio-junio, 1989, pp. 176-198.
- , "Mengerian Economics in Realist Perspective", *History of Political Economy*, 22(5), suplemento anual en *Carl Menger and his Legacy in Economics*, 1990a, pp. 289-310.
- , "Scientific Realism and Austrian Explanation", *Review of Political Economy*, 2(3), noviembre, 1990b, pp. 310-344.

- , “The One World and Many Theories”, en Andrea Salanti y Ernesto Screpanti (eds), *Pluralism in Economics: New Perspectives in History and Methodology*, Aldershot, Edward Elgar, 1997, pp. 37-47.
- , “Aspects of Realism About Economics”, *Theoria*, 13(2), 1998, pp. 301-319.
- , “Explanatory Unification: Double and Doubtful”, *Philosophy of the Social Sciences*, 31(4), diciembre, 2001, pp. 488-506.
- Malthus, Thomas Robert, *Principles of Political Economy*, Segunda edición, Londres, Pickering, 1836. Reimpreso en 1986, Nueva York, Augustus Kelley.
- Mantel, Rolf R., “On the Characterization of Aggregate Excess Demand”, *Journal of Economic Theory*, 12(2), 1974, pp. 348-353.
- Merton, Robert K., *Social Theory and Social Structure*, Glencoe, ILL, Free Press, 1949.
- Mirowski, Philip, *More Heat Than Light: Economics as Social Physics, Physics as Nature's Economics*, Cambridge, Universidad de Cambridge, 1989.
- Mirowski, Philip, “Postmodernism and the Social Theory of Value”, *Journal of Post Keynesian Economics*, 13(4), verano, 1991, pp. 565-582.
- Nagel, Ernest, *The Structure of Science*, Londres e Indianapolis, Routledge y Hackett, 1961.
- North, Douglass C., *Institutions, Institutional Change and Economic Performance*, Cambridge, Universidad de Cambridge, 1990.
- Parsons, Talcott, *The Structure of Social Action*, 2 vols., Nueva York, McGraw-Hill, 1937.
- Potts, Jason, *The New Evolutionary Microeconomics: Complexity, Competence and Adaptive Behaviour*, Cheltenham, Edward Elgar, 2000.
- Rader, John Trout, *The Economics of Feudalism*, Nueva York, Gordon y Breach, 1971.
- Radner, Roy, “Competitive Equilibrium Under Uncertainty”, *Econometrica*, 36(1), enero, 1968, pp. 31-58.
- Rizvi, S. Abu Turab, “The Microfoundations Project in General Equilibrium Theory”, *Cambridge Journal of Economics*, 18(4), agosto, 1994a, pp. 357-377.

- , “Game Theory to the Rescue?”, *Contributions to Political Economy*, 13, 1994b, pp. 1-28.
- Robbins, Lionel, *An Essay on the Nature and Significance of Economic Science*, Londres, Macmillan, 1932.
- Schumpeter, Joseph A., *History of Economic Analysis*, Nueva York, Universidad de Oxford, 1954.
- Screpanti, Ernesto y Stefano Zamagni, *An Outline of the History of Economic Thought*, Oxford, Clarendon Press, 1993.
- Searle, John R., *The Construction of Social Reality*, Londres, Allen Lane, 1995.
- Sonnenschein, Hugo F., “Market Excess Demand Functions”, *Econometrica*, 40(3), 1972, pp. 549-563.
- , “Do Walras’s Identity and Continuity Characterize the Class of Community Excess Demand Functions?”, *Journal of Economic Theory*, 6(4), 1973a, pp. 345-354.
- , “The Utility Hypothesis and Market Demand Theory”, *Western Economic Journal*, 11(4), 1973b, pp. 404-410.
- Thagard, Paul, “The Best Explanation: Criteria for Theory Choice”, *Journal of Philosophy*, 75, 1978, pp. 76-92.
- Udéhén, Lars, “The Limits of Economic Imperialism”, en Ulf Himmelstrand (ed.), *Interfaces in Economic and Social Analysis*, Londres, Routledge, 1992, pp. 239-280.
- Velupillai, Kumaraswamy, “The Computable Alternative in the Formalization of Economics: A Counterfactual Essay”, *Kyklos*, 49, Fascículo 3, 1996, pp. 251-272.
- , *Computable Economics*, Oxford, Oxford University Press, 2000.
- Weber, Max, *Max Weber on the Methodology of the Social Sciences*, traducido y editado por Edward A. Shils y Henry A. Finch, Glencoe, IL, Free Press, 1949.
- White, Harrison C., *Identity and Control: A Structural Theory of Social Action*, Princeton: Princeton University Press, 1992.
- Young, H. Peyton, “The Economics of Convention”, *Journal of Economic Perspectives*, 10(2), primavera, 1996, pp. 105-122.